
*OMAR DIAZ DE ARCE (1936). Dr. en Filosofía y Letras. Profesor Titular del
Departamento de Historia de América en la UH.*

La dictadura de Alfredo
Stroessner: Estado y sociedad
en el Paraguay

**Una de las claves para comprender
la longevidad y la relativa estabilidad del régimen
paraguayo es su habilidad para obtener
ventajas tanto de aquello que desarticula
a la sociedad civil –su heterogeneidad estructural–
como de aquello que la une : el sentimiento nacional.**

Se pueden distinguir cuatro estadios claramente diferenciados en la historia del régimen estatal en Paraguay. El primero corresponde a la época colonial, cuando las condiciones de aislamiento en que se desarrolló la dominación española favorecieron la paulatina integración de una protonacionalidad mestiza con un alto grado de homogeneidad sociocultural. El segundo, al Estado independiente del Doctor Francia y sus sucesores – Carlos Antonio y Francisco Solano López –, celoso guardián de la soberanía paraguaya y activo catalizador de un acendrado sentimiento de pertenencia nacional que contrastaba con el carácter fragmentario de la economía y lo incipiente de las relaciones capitalistas de producción. El tercero se configura a partir del "vaciamiento" posterior a la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870), que invierte el proceso histórico en varios sentidos y obliga a una casi literal recreación de la sociedad civil y del propio Estado bajo pautas oligárquicas. Por último, el que sigue a la Guerra del Chaco y la Revolución Febrerista (1936), cuando las masas, huérfanas de todo liderazgo efectivo proporcionaron, tras la derrota del movimiento popular, los "elementos de disponibilidad" para un nuevo tipo de superioridad del Estado sobre la sociedad: el periodo de las dictaduras militares reaccionarias representadas por los regímenes de Higinio Moringo (1940-1948) y Alfredo Stroessner (1954-)¹.

¹ Para una amplia síntesis de la historia contemporánea del Paraguay, incluido el período de Stroessner, puede consultarse Omar Díaz Arce: "El Paraguay contemporáneo". En *América Latina. Historia de medio siglo*, Siglo XXI, México. 1977, pp. 328 Y ss.

Una de las claves para comprender la asombrosa longevidad y la relativa estabilidad del actual régimen dictatorial es su habilidad para obtener ventajas tanto de aquello que desarticula a la sociedad civil –su heterogeneidad estructural– como de aquello que la une: el sentimiento nacional.

La propaganda stronista siempre ha interpelado a las masas desde posiciones nacionalistas, lo cual supone la incorporación a su discurso político de elementos sustanciales de las tradiciones populares y un intento sistemático por dotar al corrompido gobierno militar-policial de una base social de apoyo. Al mismo tiempo, este ha aprovechado una y otra vez la fatal dispersión de las fuerzas políticas y sociales para sofocar, a veces preventivamente, cualquier manifestación de rebeldía o protesta que desborde los estrechos límites prefijados a la "oposición legal".

El difícil arte de combinar demagogia y represión en las dosis exactas, perfecta mente asimilado por Stroessner, ha hecho del hombre fuerte paraguayo algo así como un "general-político", y no un simple "gorila", como a veces se piensa. De ahí su esfuerzo por presentarse como defensor de los valores tradicionales del pueblo y de actuar como "árbitro" en la escena nacional.

No debe olvidarse que la sociedad paraguaya, secularmente dominada por el autoritarismo de su momento estatal, revela su peculiar especificidad en la forma como se ha soldado en torno a un conjunto de valores de carácter nacional: la legendaria historia del país, el folklore y hasta el idioma (el guaraní). Todo programa, todo partido, todo régimen que aspire a legitimarse ante las masas debe reivindicar de alguna manera la tradición y un lugar preferente en ella. Por eso los corifeos de Stroessner prolongaron artificialmente en su momento la vieja polémica entre colorados y liberales alrededor de los principales temas de la historia nacional, mezclando las antiguas diatribas antiliberales con todo el moderno arsenal de argumentos anticomunistas elaborados por los ideólogos de la "democracia representativa"².

Las condiciones históricas en que surgió la dictadura de Stroessner, casi siempre ignoradas, obligan a ciertas precisiones:

- a) El derrocamiento del presidente Chávez en 1954 no implicó la exclusión total del Partido Colorado, ni el ascenso inmediato de un nuevo sector social; más bien confirmó el papel de los militares, en particular de la camarilla de Stroessner como elemento central del Estado.

² En Paraguay la quiebra de la tradición liberal fue mucho más profunda que en otros lugares, y estuvo acompañada por un extraordinario auge de los sentimientos nacionalistas y chovinistas. En ello desempeñó un papel considerable la herencia de la Guerra del Chaco.

- b) La reinstalación de la dictadura militar con anuencia civil puso al descubierto la incapacidad de las distintas facciones coloradas para establecer un nuevo bloque de poder tras la guerra civil de 1947.
- c) Aquella formula autoritaria no anulaba los magros espacios político legales abiertos después de la Segunda Guerra Mundial, pese a que en ellos no encontraban aun cabida los partidos de la oposición.
- d) Stroessner nunca se considero como un gobernante de transición, sino como el representante del orden constituido. No actuó a nombre de un pasado que habría forzado la interrupción de la normalidad constitucional –aunque después se presentaría como el artífice de la pacificación del país–, ni de un futuro cuyas bases era necesario sentar –más tarde aparecería como el promotor de la "Segunda Reconstrucción Nacional"–, sino de un presente que debía su legitimidad a la voluntad popular. Ello le garantizaría un lugar especial en la historia política latinoamericana, mas cerca del caudillo tradicional que del dictador militar a cargo de un régimen de excepción.
- e) El Ejercito reasumía la jefatura del Estado no tanto para tutelar los intereses ya existentes, a los cuales por otro lado se les ratificaba la protección oficial, como para hacer prevalecer los de la cúspide militar, mejor identificada con la estrategia continental del imperialismo norteamericano, y por lo tanto, con aquellos que comenzaban a abrirse paso en la nueva coyuntura internacional.

En ausencia, o ante la debilidad de un proyecto nacional compartido por los grupos dominantes, la permanente "extranjerización" de los renglones fundamentales de la economía, y la menguada sustancia burguesa de la oligarquía tradicional, no extraña la progresiva atrofia de los mecanismos de control social y la renovada necesidad de un poder autoritario que garantizase el statu quo en provecho de las clases propietarias y el capital extranjero.

A la altura de los años cincuenta la consecución de este objetivo solo se visualizaba de tres maneras: o se transformaba al Estado, sea cual fuese su forma, en agente de la modernización capitalista, o se reforzaban sus funciones represivas para impedir que el mero crecimiento vegetativo condujera a una crisis, o se combinaban ambos papeles induciendo mutaciones sociales, tanto en la base como en la cima, que facilitarían la readaptación de las viejas estructuras y el ascenso de una nueva elite privilegiada.

En nuestra opinión, este ultimo ha sido el sentido de la gestión stronista. El solo hecho de que se pueda hablar de una política económica de la dictadura significa que el Estado cumple, no obstante su perfil terrorista, la tarea de promover el desarrollo capitalista

dependiente, aunque en condiciones muy diferentes a las que rodearon el esquema primario exportador original.

Como suele suceder con este tipo de régimen, y en correspondencia con las exigencias de quienes lo apoyan desde el exterior, su primera tarea fue asegurar la llamada estabilidad monetaria; la segunda, ampliar aun mas las ventajas para la inversión extranjera; la tercera, aplastar las reivindicaciones obreras y la protesta social.

Entre 1959 Y 1963, cuando aun pugnaba por estabilizar la situación interna, las crecientes presiones internacionales –triunfo de la Revolución Cubana y descrédito de las dictaduras latinoamericanas; Alianza para el Progreso y propaganda democratizadora de Kennedy– obligaron a Stroessner a proclamar un remedo de estrategia desarrollista: la "Segunda Reconstrucción Nacional". Sus consignas básicas, demagogia aparte, respondían de cierta manera a dos de los más antiguos reclamos del país: reforma agraria y ampliación de la red vial.

Por "reforma agraria" el régimen entendía los planes de colonización marginal, orientados a aliviar las tensiones sociales en la superpoblada zona central, y a propiciar de paso la incorporación de los vastos recursos de la zona Este, futuro escenario de importantes proyectos económicos, como el de Itaipú. La adopción de este programa facilito el incremento de la "ayuda" externa, fundamental mente dirigida al fortalecimiento del aparato del Estado y al desarrollo de las inversiones infraestructurales (60% de la inversión publica entre 1961 y 1970).

En la relegada esfera de la industria la raquítica burguesía local continuó actuando como subsidiaria del capital extranjero, que comparte su dominio del mercado interno con un enjambre de contrabandistas locales dedicados a introducir, en complicidad con la elite dirigente, todo tipo de bienes de consumo. Así, la participación del sector industrial en el PIB se mantenía en 1970 al nivel de 1956. Como un caso único en América Latina, el porcentaje de la fuerza de trabajo empleada en la agricultura se elevo del 56,6% al '57,9% entre 1962 y 1970³.

Con un crecimiento de apenas el 2% anual durante toda esta etapa, el saldo real de la estrategia económica stronista la califica mejor como una política de estancamiento que de desarrollo.

A pesar de todo, la dictadura estaba sentando las bases para una expansión de las relaciones capitalistas en el campo, que arrojó sus primeros frutos a lo largo de la década

³ Con la construcción del Itaipu el PIB alcanzó en 1977 un tope de 11,8%. Cfr. Anibal Miranda: Apuntes sobre el desarrollo paraguayo, Ed. Cromos, Asunción, 1979, p. 96.

siguiente: un espectacular crecimiento de los cultivos comerciales, principalmente la soja, la proliferación de empresas agrícolas no tradicionales –casi todas propiedad de extranjeros–, y la elevación de los rendimientos por hectárea, sobre todo en la zona Este⁴.

Colonización, "reforma agraria" y política crediticia –que no benefician a los pequeños agricultores– son los tres pilares de este proyecto estatal privado de modernización capitalista. Propagando las ventajas de su novedoso plan de reparto agrario, el gobierno paraguayo se dedicó a movilizar al depauperado campesinado minifundinario del área central hacia las fronteras Norte y Este, donde los grandes propietarios y los colonos brasileños comenzaron a aprovecharse de su precaria situación para desligarlos definitivamente de la tierra o utilizarlos como simples jornaleros eventuales. Así impulsaba el Estado, por medio del Instituto de Bienestar Rural (IBR), la capitalización del agro y la proletarianización del campesinado.

Las consecuencias sociopolíticas de todo esto son muy interesantes. Al lado del masivo traslado de campesinos paraguayos, la implantación de grandes contingentes de colonos brasileños y japoneses, así como la llamada colonización militar, brindan al régimen una salida cobertura en las zonas rurales –algo parecido a lo que representó la colonización *mennonita*, hace años, para la oligarquía liberal–, creando "islas societales" que articulan el espacio físico al tiempo que desarticulan la sociedad nacional⁵. De esa forma, se logra cierto control positivo del proceso de transformación agraria por parte del Estado, quien accede a la dirección del reajuste estructural, no por la vía de la progresiva integración de la sociedad

–correlato normal del desarrollo capitalista–. sino mediante la subordinación de sus disímiles fragmentos a las máximas instancias de poder.

Modalidades de control negativo son la expulsión inducida de la población campesina hacia las zonas fronterizas, su éxodo fuera del país y la sistemática represión de la "Ligas Agrarias", única organización que ha escapado a la manipulación autoritario-paternalista de los factores locales de poder.

En cuanto a la emigración formidable válvula de escape para las tensiones generadas por los desequilibrios estructurales y las persecuciones políticas, la cifra estimada de 680

⁴ Cfr. Darlo Salinas: Tendencias del proceso agrario paraguayo en el contexto socioeconómico de la Cuenca del Plata. Tesis de Maestría FLACSO, 1978, pp. 60 Y 55.

⁵ Cir. Francisco Delich: "Estructura y hegemonía en el despotismo republicano.. En Crítica y utopía, Buenos Aires, 1980.

000 (1974) equivale al 29% de la población total y al 92% de la empleada en el territorio nacional⁶.

II

La forma de dominación representada por el régimen de Stroessner no encuentra mecanismos de mediatización solo en las circunstancias materiales en que vive la mayoría de la población –subdesarrollo, relación latifundio-minifundio, economía de subsistencia y de mercado, modalidades de la colonización–, sino también en los sindicatos amarillos, las secciones de los partidos políticos, especial mente el Colorado, y la hábil manipulación ideológica de los sentimientos nacionales. En un país sometido a los intereses imperialistas, la retórica oficial coloca en la cima de las reivindicaciones políticas la reivindicación de lo autóctono e intenta fundar la identidad nacional en la exclusión de todo lo extranjero, y en la falsa imagen de una sociedad que se construye al margen de quienes son los verdaderos dueños de sus recursos económicos.

Pero más poderoso que los instrumentos requeridores de consenso es el aparato de represión paraguayo. Su característica sobresaliente deriva no tanto de los métodos de tortura empleados, mezcla de barbarie primitiva y refinados procedimientos modernos, como de las frecuentes redadas masivas que de vez en cuando organiza para mantener aterrorizada a la población.

Otra de sus particularidades sustantivas reside en el papel auxiliar que debe desempeñar la militancia colorada, organizada para espiar y denunciar a todo individuo sospechoso de actividades antigubernamentales. Aunque el círculo de colaboradores de la policía no tiene límites precisos, su radio de acción comprende a la burocracia, las seccionales del partido oficial, los cuadros sindicales y simples ciudadanos a quienes se le retribuye cualquier información valiosa (como a los vendedores ambulantes). También se observa una diferencia en el rigor de las condenas según el origen social de los encartados, lo que ha hecho pensar a algunos en la existencia de una especie de orden estamental dentro de la sociedad paraguaya. El extendido sistema de corrupción y compadrazgo en que se mueve la "clase política" asegura a muchos oponentes de la dictadura de extracción burguesa, o cierto nivel de relaciones con el mundo académico, o una estancia menos prolongada en la cárcel o la posibilidad de marchar al exilio. Otros han sufrido encierros interminables, independientemente de las penas a que fueron sancionados. Casos como los de Maidana, Rojas y Alcorta, confirmaron al Paraguay como el país que contaba con los mas antiguos prisioneros políticos del continente. No hace falta reiterar quienes fueron las principales víctimas del terror oficial en un sistema que ha hecho del comunismo el chivo expiatorio de todas sus dificultades.

⁶ Clr. diario ABC Color, Asunción, 8 de noviembre de 1974.

Frente a las numerosas denuncias de arbitrariedades y torturas, las autoridades alegaban que todos los detenidos eran "delincuentes comunes", "peligrosas fieras" cuya liberación pondría en peligro a la ciudadanía pacífica. Esta fue, por cierto, la respuesta de Stroessner a los obispos que lo visitaron en febrero de 1969 para interesarse por la situación de los presos políticos. Aquella entrevista dio lugar a un incidente de prensa que contribuyó a empeorar las ya tensas relaciones entre el Consejo Episcopal Paraguayo (CEP) y la dictadura⁷. Desde la rebelión individual del padre Ramón Talavera en 1958, hasta las acciones conjuntas del episcopado nacional entre 1969 y 1972, la novedosa actitud de la Iglesia respondía al imperativo institucional —públicamente reconocido por la conferencia del CELAM en Medellín (1968)— de adaptar su mensaje a las cambiantes circunstancias sociales. Como en Brasil, los publicitados choques entre la jerarquía eclesiástica y el Estado —los cuales surgieron asociados a una nueva ola de protestas y manifestaciones estudiantiles— ponían al descubierto las limitaciones objetivas de una estrategia política dirigida a sellar todos los poros de la sociedad civil, una vez desarticuladas las organizaciones obreras independientes y neutralizada la oposición de los partidos tradicionales.

Para conjurar los peligros de la situación creada en los medios católicos, muy influyentes entre las capas medias y el campesinado, el régimen ejerció todo tipo de presiones: gestiones ante el Vaticano, amenazas a la Iglesia, clausuras a sus órganos de prensa, golpizas y expulsión de sacerdotes y restricciones al programa de CARITAS, organización católica que se encargaba de distribuir la ayuda alimentaria internacional en las zonas rurales.

Debilitados los arrestos reformistas del clero, y normalizadas las relaciones con la jerarquía, en la segunda mitad de la década del setenta resurgieron los ataques contra las prácticas represivas del gobierno. Estimulada por las campañas del presidente norteamericano James Carter alrededor de los "derechos humanos", la opinión pública comenzó de nuevo a exigir, dentro y fuera del país, el cese de las torturas y la libertad de los presos políticos. Ello obligó a algunas concesiones, aun cuando los corifeos de Stroessner continuaron rechazando todas las acusaciones e invocando la supuesta legalidad de la conducta oficial, que en señal de respeto a las leyes siguió suspendiendo cada noventa días, como desde hace treinta años, los derechos constitucionales.

Así interpretada, la legitimidad de la violencia estatal supone su propia ilegitimidad. Fundada en el recurso excepcional de "estado de sitio", nunca ha dejado de representar la "forma pseudolegal de existencia" del régimen político.

⁷ Cfr. CIDOC: El movimiento estudiantil, la Iglesia y el gobierno paraguayo, Cuernavaca, México, 1971.

Lo mismo sucede con el sistema de relaciones económicas. Los propios personeros de la dictadura son los organizadores del contrabando y las estafas al Estado. Enriquecida por los negocios, la distribución internacional de drogas, las coimas y las sofisticadas operaciones del tráfico clandestino, la camarilla de Stroessner actúa como una banda de atracadores instalada en el poder. Debido a las reducidas dimensiones del mercado interno, su actividad principal es introducir cigarrillos norteamericanos, whisky y artículos de lujo en los países vecinos utilizando los medios técnicos de las empresas estatales y las Fuerzas Armadas, además de proveer de estupefacientes a las mafias de Europa y los Estados Unidos.

Alrededor de estas inocentes actividades, el régimen incubó una burguesía parasitaria, encabezada por los mas importantes jefes militares, quienes no tardaron en "territorializarse" –convertirse en grandes latifundistas–, en consonancia con la escala de valores de una sociedad eminentemente rural⁸. La famosa frase atribuida al dictador: "el contrabando es el precio de la paz", descubre una realidad que supera la mas imaginativa teoría. Por sus dimensiones, el curioso fenómeno ratifica que dentro del marco del capitalismo dependiente la corrupción estatal puede convertirse, entre otras cosas, en un excelente recurso para superar el déficit de hegemonía y la fragilidad del consenso.

III

Al entorno internacional que rodeo el ascenso y subsiguiente consolidación del stronismo le correspondió potenciar las tendencias regresivas de la política doméstica. La combinación positiva de sus efectos de corto y largo alcance con los factores de la crisis interna trajo consecuencias altamente negativas para el pueblo guaraní. Su sola enumeración lo demuestra:

1. Definitivo desplazamiento del viejo imperialismo inglés por el pujante imperialismo norteamericano en el área del Cono Sur y consiguiente inclusión del Paraguay –que ya desde la Guerra del Chaco comenzó a ser arrastrado por la diplomacia norteamericana en la esfera de las preocupaciones estratégicas de Washington.
2. Cambios en el esquema de la división internacional del trabajo y estancamiento de las economías dependientes tradicionales.
3. Guerra fría e histeria anticomunista en época de Foster Dulles, amigo de los dictadores latinoamericanos.
4. Fracaso de las experiencias nacional-populistas en Argentina y Brasil.

⁸ Hugo Campos: *Panorama del Paraguay*. Ed. Comisión de Prensa y Propaganda del CC del PCC, pp. 95 y S5.

5. Creciente gravitación de los intereses geopolíticos representados por militares brasileños.
6. Ofensiva norteamericana contra el movimiento de liberación nacional a raíz del triunfo de la Revolución en Cuba. Inclusión de Paraguay en los "beneficios" de la "Alianza para el Progreso" y continuo flujo de recursos financieros bajo el patrocinio de distintos planes de "ayuda".
7. Instalación de dictaduras militares reaccionarias en los países vecinos desde mediados de la década del sesenta.
8. Endurecimiento de las políticas de los Estados Unidos hacia América Latina y abandono de la propaganda sobre los derechos humanos al recuperar los republicanos (Reagan) el control de la administración.
9. A pesar de lo anterior, la reciente caída de los regímenes militares en Argentina, Uruguay y Brasil ha creado un clima nuevo en toda la región y alentado a las fuerzas democráticas en Paraguay.

En la evolución del régimen stronista se distinguen tres etapas principales: desde sus momentos iniciales en 1954 hasta la relativa estabilización de mediados de la década del sesenta; la fase de consolidación y despliegue económico y político que se extendió durante más de una década, y el período que se inicia con la quinta reelección del dictador (1978), marcado por un creciente aislamiento internacional y por señales de descomposición política interna.

Durante la primera etapa Stroessner enfrentó las más vigorosas acciones de descontento popular –huelgas generales, manifestaciones estudiantiles, amagos insurreccionales de la oposición burguesa, brotes guerrilleros auspiciados por las fuerzas de izquierda–, reestructuró el Ejército y domesticó al Partido Colorado. En la segunda obtuvo la colaboración de los partidos tradicionales, que comenzaron a participar en las periódicas faras electorales, mientras sus sectores más beligerantes permanecían en el exilio. En la tercera, los cambios en la coyuntura económica internacional, la paulatina reducción de los espacios políticos dentro del país, y la crisis del fascismo militar –o del modelo burocrático-militar autoritario, a decir de Guillermo O'Donnell– en su inmediata vecindad, debilitaron su capacidad de maniobra y renovaron la agresividad de que siempre ha hecho gala.

Como ya apuntamos, la dictadura paraguaya procuró desde el principio legitimarse con la ayuda del partido oficial, transformado en simple apéndice del gobierno tras su progresiva neutralización como vocero independiente de un sector de la sociedad civil.

Aplastada definitivamente en 1959 la facción chavista-epiganista que sobrevivió a los choques surgidos en el seno de la organización a raíz del golpe de Estado –fundadora en el exilio del Movimiento Popular Colorado (MOPOCO)–, solo quedaron los colorados "presidencialistas", probados incondicionales de Stroessner, aunque llegan noticias de enfrentamientos entre facciones y bandas paramilitares coloradas al servicio de las tendencias que ya se disputan la sucesión de Stroessner.

Aun así, más sintomático es el alejamiento de importantes corrientes de la oposición controlada –en especial del liberalismo radical– que desde 1967 propagaban la ilusión de una democratización pacífica. En los últimos años, la evidente intención de Stroessner de seguir incumpliendo las promesas de un próximo retiro, sobre todo después del ascenso de Reagan y el ajusticiamiento de Somoza en las calles de Asunción, han alterado la situación.

Al adoptar una firme postura abstencionista, los partidos opositores se niegan a seguir proporcionándole cobertura político-moral a un régimen que ni siquiera ha logrado alcanzar el status de lo que hoy se conoce como "democracia restringida".

La reciente creación del Acuerdo Nacional Paraguayo (ANP), integrado por los partidos Febrerista, Liberal Radical, MOPOCO y Demócrata-Cristiano, encuentra su complemento en el fortalecimiento de las tendencias unitarias que en el extranjero han concertado un acuerdo similar.

Todo depende ahora de la capacidad de las fuerzas democráticas para formar un verdadero frente antidictatorial sin exclusiones, y pasar de las posiciones defensivas a una acción ofensiva, coordinada y eficaz.

IV

Distintas teorías, ideológicamente motivadas, o simples juicios acerca del carácter de la dictadura stronista, han sido elaborados en los últimos años. Mientras algunos se limitan a aplicar la terminología tradicional —a veces con algunas modificaciones—, otros han acuñado categorías sociopolíticas completamente nuevas para calificar, en ocasiones de manera sorprendente, la forma de Estado representada por el régimen paraguayo.

Aquí se impone una aclaración metodológica. El estudio de las distintas formas de Estado nos remite a los niveles de abstracción en que se sitúa el problema.

El primero tiene que ver con lo que se denomina "tipo de Estado", cuyas determinaciones fundamentales son, según Marx, las relaciones de producción (feudal, capitalista, etc.). El segundo, la forma del Estado propiamente dicha (monarquía constitucional o absoluta, república federal o centralista, régimen soviético o democracia popular), traduce las distintas modalidades históricas del pacto estatal de dominación dentro de un modo de producción dado, según los términos en que se produzca el ajuste de cuentas entre las viejas y las nuevas clases dominantes, o la liquidación de una situación colonial. El tercero, que suele asimilarse al anterior, en la medida que depende de las "variaciones y gradaciones que solo pueden comprenderse mediante el análisis de [...] circunstancias empíricamente dadas" (Marx), corresponde a lo que llamamos régimen político, cuya especificidad radica en las muy concretas determinaciones impuestas por la lucha de clases, incluyendo las relaciones entre las dominantes y la dominadas, a las distintas formas de Estado⁹.

Al descifrar los nexos entre lo general (modo de producción-tipo de Estado), lo particular (pacto de dominación-forma de Estado), y lo singular (especificidades de la lucha de clases en una situación histórica determinada-régimen político), nos adentramos en el campo de lo sociológico ' sin abandonar el de lo histórico.

Resulta imposible determinar la naturaleza de las formas de Estado sin dilucidar de paso los factores estructurales subyacentes. A su vez, la noción "tipo de Estado" resume lo económico —relaciones de producción dominantes— y lo político —clase en el poder—, con un alto grado de generalización.

⁹ Esta reflexión está inspirada en el famoso texto de Marx. Véase *El Capital*, Ed. Nacional de Cuba, t. III, La Habana, 1963, p. 799.

La interpenetración mutua de los distintos niveles de análisis no permite desechar ni los factores estructurales, ni los correspondientes elementos supraestructurales en la valoración de una determinada forma de Estado. Si los primeros aparecen como determinantes, sólo lo son en última instancia, y reciben a su vez la impronta de los segundos, cuyas oscilaciones ponen de manifiesto el curso de la lucha de clases, verdadero demiurgo (o motor) del acontecer histórico debido a que esta provee los espacios reales donde se articulan ambas esferas de la vida social: la base y la superestructura.

Por eso resultan unilaterales e incompletas tanto las teorías sociológicas estructuralistas, como las interpretaciones jurídico-políticas que no toman en cuenta la sustancia socioeconómica y clasista del fenómeno estatal.

Una interesante combinación de ambos enfoques nos la regala Francisco Delich en un reciente ensayo titulado: "Estructura y hegemonía en el despotismo republicano". En este trabajo llama sobre todo la atención el empleo del término "republica despótica", utilizado para designar lo que su autor considera un "fenómeno político frecuente.... innominado aun (y) tampoco analizado de modo preciso". Con ello se pretende "separar el concepto de republica del concepto de democracia", algo que ya los antiguos realizaron, como el mismo Delich reconoce: "la republica dictatorial no sorprendería a ningún romano contemporáneo de Cesar"¹⁰.

Esta inicial incursión en la historia de la Antigüedad, así como la posterior definición del despotismo según una fórmula roussoniana, dan pie al sociólogo argentino para anunciar el objeto de su indagación: "Aquí trataremos de explicar un tipo de sistema político que se autodefine como republicano y democrático y en el cual las instituciones de una y otro no son nominales, sino que encuentran grado de funcionamiento y legitimidad (interno y externo) apreciables y no obstante son sustancialmente despóticos".

Según Delich, "a diferencia de las dictaduras militares mas o menos frecuentes, la republica despótica es capaz de instaurar dominación política y hegemonía social",

Al llegar a este punto comprendemos que su propósito es analizar el caso paraguayo a través de una categoría política sui generis, la cual sin embargo sirve para calificar, como el mismo ha dicho, "un fenómeno...frecuente, un tipo de relación entre Estado y sociedad" que el autor cree haber descubierto, pero sin hacer referencia a ningún otro ejemplo o caso semejante,

¹⁰ Francisco Delich: op. cit.

Moviéndose no sin tropiezos en el complejo universo de las nociones gramscianas, Delich precisa las relaciones entre consenso y coerción, se detiene en el concepto de hegemonía y termina "suponiendo" –sin precisar el periodo histórico del que habla– "que la dominación política instaura un orden social que se soporta en la existencia de un bloque agrario pero que precede al establecimiento de hegemonía social y política", A continuación examina la estructura agraria ya desde una perspectiva histórica más clara, con la intención de "demostrar las relaciones entre el bloque agrario (concepto clave) y el régimen político que constituyen un soporte hegemónico no dominante a la vez", Aquí describe el despotismo jesuítico, seguido del "despotismo de Francia", la liquidación del patrimonio fiscal tras la "guerra de la Triple Alianza" y la "formación del síndrome de tenencia de la tierra que aun persiste": el sistema de latifundio-minifundio. Por ultimo, analiza la reconstitución del bloque agrario en época de Stroessner, quien incorpora a esta relación básica un elemento novedoso y dinámico con su política de colonialismo,

En el transcurso de este epígrafe –el mas logrado de todos–, Delich consigue por fin articular los factores estructurales presentes en el concepto de "bloque agrario" con la forma de dominación representada por su "republica despótica", Para el, "este bloque agrario social mente hegemónico no alcanza a ser políticamente dominante. Dicho de otra forma, "es justamente esta hegemonía societal que no puede –probablemente no pueda– transformarse en hegemonía política, lo que constituye la mayor fuerza de un hombre y la mayor debilidad de un régimen político".

De acuerdo con la teoría de Delich, Stroessner vendría a ser algo as! como el representante contemporáneo de un orden despótico que existe desde antes de la independencia. Investido por esta con los atributos republicanos, su esencia permanecería casi tan Inalterable como su forma. La concentración de la tierra, en manos privadas o del Estado, explicaría la concomitante concentración de un poder permanentemente enajenado. Por lo menos, esto es lo que se deduce de la tesis sobre el carácter de las relaciones entre el bloque agrario y el Estado. En el lenguaje de Delich aquel "aparece como el mayor sustento estructurado de la sociedad, pero no necesariamente políticamente dominante",

A todas luces, el anterior conjunto de hipótesis capta regularidades esenciales del proceso paraguayo, pero desvirtúa la historia real del país, en la medida que la reflexión sociológica se deja atrapar por las redes de una concepción fatalista-estructuralista del desarrollo social.

Otra manera de legitimar, esta vez concientemente, el presente estado de cosas en Paraguay, es conceptualizar a Stroessner como "un mal menor", o hacer de él un "gobernante benévolo". al estilo de muchos politólogos norteamericanos¹¹.

Algunos, como el historiador conservador Michael Grew, van mas lejos. Según Grew, el "digno" antecesor de Stroessner, Higinio Morinigo, encabezaba una "honesta dictadura nacionalista", cuya desafortunada liberalización lanzo a la nación al caos y la guerra civil¹².

Por el contrario, el israelí Edy Kaufman considera que si se puede estar de acuerdo con que "no hay nación en el hemisferio occidental donde la tradición de autoritarismo político tenga mas firmes raíces que en Paraguay", ello no justifica, por inevitable, la realidad actual¹³.

Dentro de esta misma línea, Paul H. Lewis explora el tema en una obra titulada Paraguay bajo Stroessner. Dejando a un lado los condicionamientos estructurales, atribuye a las dotes políticas del dictador su larga permanencia en el poder: "Stroessner domina la política paraguaya porque trabaja más duro, realiza mejor su labor política y es un estratega de primera línea. Esta lenta y sostenida competencia le ha permitido deshacerse de muchos brillantes pero incautos opositores"¹⁴.

La más sugerente exposición acerca de los métodos terroristas empleados por la dictadura nos la ofrece el libro *Mbarate: la suprema ley del Paraguay*, de David M. Helfeld y William L. Wipfler¹⁵.

La palabra mbarate significa mas o menos "un poder superior a los otros" y alude a un sistema paralelo de "justicia" en manos de la jerarquía stronista. Cuando la ley escrita entra en contradicción con el código no escrito de mbarate, este prevalece. Su función primordial consiste en destruir *in nuce* cualquier manifestación de protesta o rebelión y mantener a la población en un constante estado de incertidumbre.

¹¹ Cfr. Paul Hanley: "Paraguay". En *Political Forces in Latin America*. Belmont Wadsworth, 1968. p. 380.

¹² Cfr. Michael Grew: *The Good Neighbor Policy and Authoritarianism in Paraguay*. Kansas, 1981, p. 105.

¹³ Edy Kaufman: "Authoritarianism in Paraguay. The Lasser Evil?" En *Latin American Research Review*, vol. XIX (2), 1984, p. 202.

¹⁴ P. H. Lewis: *Paraguay under Stroessner*, Chapel Hill, North Carolina Press, 1980, p. 64.

¹⁵ D. M. Helfeld y W. L. Wipfler: *Mbarate: The Higher Law of Paraguay*, The International League of Human Rights, New York, 1980.

Son precisamente estos rasgos del régimen político los que intenta sintetizar la definición de los científicos soviéticos. Vitali A. Jaritonov, por ejemplo, lo caracteriza como sigue: "Stroessner creo una nueva forma estatal de dirección para Paraguay: la dictadura militar-policia, la cual defiende los intereses de la camarilla militar, de los grandes terratenientes, de los industriales y comerciantes vinculados con los monopolios extranjeros, en primer lugar con los norteamericanos"¹⁶.

A lo anterior debe añadirse la siguiente lista de términos utilizados por el publicista comunista paraguayo Hugo Campos: "dictadura yanqui-stronista", "dictadura militar antinacional", "dictadura militar de tipo fascista".

A nuestro juicio, por muy justos que sean, estos calificativos no resuelven todas las incógnitas, ni nos ahorran el penoso esfuerzo de esclarecer el lugar que ocupa el insólito régimen de Stroessner en la historia contemporánea de América Latina.

¹⁶ Vitali A. Jaritonov: *Paraguay: dictadura militar-política y lucha de clases*, Ediciones Políticas, La Habana, 1980. p. 29.